

RAPIDA RESEÑA DE LA CAMPAÑA DEL ALTO PUTUMAYO



General (R) CARLOS BEJARANO MUÑOZ

ANTECEDENTES

En junio de 1929 llegó a Cauca, hoy Puerto Leguizamo, el Grupo de Colonización del Amazonas, Caquetá y Putumayo que había sido creado el año anterior con la finalidad de fundar núcleos de colonos sobre sitios adecuados de las márgenes de los ríos principales que riegan nuestro territorio en esas regiones. Como la Comisión Mixta demarcadora de límites en desarrollo del tratado Lozano-Salomón tuviera algunas divergencias, nuestro gobierno dispuso suspender las actividades del Grupo de Colonización mientras se llegaba a acuerdos definitivos. Por esta razón el Jefe del Grupo, Coronel Luis Acevedo, dispuso que el Teniente Carlos Bejarano M., su secretario, que es quien escribe esta reseña, quedara encargado de la administración de los elementos adquiridos en Estados Unidos y Brasil consistentes en embarcaciones, equipos de trabajo en la selva, vestuario, herramientas, drogas y elementos de cirugía, víveres, etc. Debía también proceder de inmediato a ampliar los desmontes en Cauca y La Tagua y unir estos dos puertos del Putumayo y Caquetá con un camino de herradura que tendría una longitud de veintidós kilómetros.

En cumplimiento de tal orden, procedí como encargado del Grupo, a la apertura del camino, al ensanche de los desmontes y a la construcción de casas. Al año justo regresó el Coronel Acevedo acompañado de los Tenientes Diego Muñoz, Alfonso Pinzón y Jorge Téllez y pudieron pasar de Cauca a La Tagua por un camino de seis metros de ancho, destroncado y limpio, abierto a la mitad de una brecha de veinticinco metros de ancho para facilitar la acción del sol y sobre el cual se construyeron trece puentes, uno de ellos, sobre la quebrada El Temblón, de más de cien metros de largo. Vieron también en ambos puertos cultivos de plátano, caña de azúcar, arroz, maíz, yuca y pastos en extensión global de más de doscientas hectáreas.

Con el regreso del Coronel Acevedo las actividades se extendieron a Leticia, Tarapacá, El Encanto, Puerto Ospina y Puerto Asis.

En marzo de 1931 viajé de Cauca a Bogotá con el objeto de informarle al Señor Presidente Olaya Herrera y a su Ministro de Guerra Agustín Morales Olaya, cuál era la situación real de los territorios fronterizos. De las peticiones que formulé obtuve la destinación al Putumayo de los cañoneros "Cartagena" y "Santa Marta" que per-

tenecian a la Flotilla del Magdalena y se acordó la creación de la Flotilla Fluvial de Guerra del Amazonas, Caquetá y Putumayo, la que quedó integrada por los dichos dos cañoneros, el vapor "Nariño" de 140 toneladas, la lancha "Huila" de 60 toneladas y otras embarcaciones menores adquiridas por el Grupo de Colonización en Belém del Pará en 1928. Para el Comando de esta nueva unidad fluvial fue nombrado el Mayor José Dolores Solano. También obtuve se destinara a los puestos del sur una compañía de infantería destacada del Batallón de guarnición en Neiva y se nombraran como oficiales de dicha compañía, además de los que había llevado el Coronel Acevedo, a los Tenientes Virgilio Barco y Carlos Ayerbe. Con esta compañía marché a Cauca yá en el siguiente mes de mayo y una vez distribuída entre los sitios anteriormente mencionados, continué viaje a Manaos y luego a Iquitos con el objeto de hacer varias adquisiciones. En esta última fui recibido con manifestaciones de gran cordialidad por parte de la oficialidad de la guarnición. Cuando retorné a Cauca yá tuve la inmensa emoción de ver atracados a los

GENERAL (r)

CARLOS BEJARANO MUÑOZ

Egresó de la Escuela Militar de Cadetes como Subteniente, en Enero de 1922 habiéndose retirado del servicio activo en 1952. Adelantó curso de Intendencia y Administración en la respectiva Academia Militar del Ejército de Chile y es diplomado en Estado Mayor. Ha desempeñado entre otros cargos, los de Oficial del Estado Mayor del Destacamento del Putumayo durante el conflicto con el Perú, Comandante de la Flotilla del Amazonas, Caquetá y Putumayo, Alcalde de Leticia, Jefe Civil y Militar, y Gobernador del Dpto. de Boyacá, Director General de la Escuela Superior de Guerra, Jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Militares de los Llanos Orientales y Gerente General de los Ferrocarriles Nacionales.

barrancos del puerto los cañoneros "Cartagena" y "Santa Marta" los que después de penosa y arriesgada travesía por el Atlántico surcaron el Amazonas y el Putumayo mientras yo me encontraba en Iquitos. Como oficiales de estas embarcaciones de guerra se hallaban a bordo el Mayor Solano, el Capitán Luis María Galindo y los Tenientes Hernando Mora y Luis Baquero.

Vino más tarde la creación de la Jefatura Civil y Militar de las fronteras del Sur y la supresión definitiva del Grupo de Colonización habiendo sido nombrado para tal cargo el señor General Amadeo Rodríguez. La situación fronteriza se hacía cada vez más compleja porque el señor Sánchez Cerro no ocultaba en sus declaraciones oficiales su desacuerdo con el tratado de Límites Lozano-Salomón y del otro lado también porque el nombramiento del señor Alfredo Villamil Fajardo para Intendente del Amazonas fue considerado por los Loretanos como un reto, pues dicho caballero hacía poco había hecho dejación del Consulado de Colombia en Iquitos en el que cumplió una patriótica y brillante actuación, que lógicamente inspiraba muchos celos y antipatías a los peruanos de Loreto y particularmente de Iquitos. También contribuyó a empeorar el ambiente la desguarnición militar de Leticia solicitada con insistencia por Villamil Fajardo con la argumentación, muy respetable desde luego, de que si Leticia era atacada y estaba desguarnecida, el asunto no pasaría de un pequeño incidente fronterizo; pero que si habían tropas del ejército vendría el choque y consecuentemente la iniciación de un guerra internacional. Por estas razones hubimos de replegarnos al Alto Putumayo comprendido desde la desembocadura del Cara-

paraná hasta Puerto Asís, es decir, enfrentados a las guarniciones peruanas de Puerto Arturo, Campuya y Güepí.

Nuestro dispositivo de tierra era esquemático, pues en El Encanto, sobre el Carapará, se encontraba el Teniente Ayerbe con quince individuos de tropa y diez colonos; en Caucajá el Comando de la Compañía, a mis órdenes; una Sección y veinte colonos dependientes del Teniente Muñoz; en Puerto Ospina, sobre el Putumayo y frente a la desembocadura del Río San Miguel, quince de tropa y diez colonos a las órdenes del Teniente Téllez y, en la Tagua, ocho soldados y diez colonos a las órdenes de un suboficial. Llevábamos una vida de trabajo intenso y privaciones sin cuento con la compensación de ver progresar día a día nuestros puestos y la no menor de mantenernos en armonía y fraternal entendimiento que creaba un ambiente agradable a la soledad y daba solución rápida y eficaz a los problemas. Las relaciones con nuestros vecinos peruanos eran cordiales y cada vez que teníamos oportunidad de servirlos lo hacíamos con gusto y sin esperar retribución. Las lanchas comerciales peruanas recorrían periódicamente el trayecto entre Iquitos y Puerto Asís abarrotadas de mercancías de todo género que vendían al contado o cambiaban por víveres provenientes del Departamento de Nariño. Precisamente el día primero de septiembre de 1932 había surcado la lancha "Sinchiroca" y el día tres atracó en Caucajá la "Huayna-Capac" en la que iba como pasajero el Teniente Antonio Cabero, nuevo comandante de la guarnición de Güepí en reemplazo del Teniente Gonzalo Díaz.

Cómo supimos el asalto a Leticia

En la tarde del día 5 de septiembre, léase bien 5 de septiembre de

1932, sentimos por primera vez en nuestra larga vida de selva el ronco rugir de un avión que volaba a ras de los árboles y trazaba amplios círculos sobre el puerto. Pronto lo identificamos como de Avianca y a nuestro batir de pañuelos inició la maniobra de acuatizaje que fué perfecta y mejor aún la de atraque al puerto, pues se amarró en el único sitio que es posible. Tendimos una tabla para el descenso de los pasajeros y cuál no sería nuestro júbilo al ver cruzar el puente al Coronel Acevedo y en seguida al piloto que al ser presentado dijo llamarse Von Engle. Como referí antes, con nosotros se encontraba el nuevo comandante de la guarnición peruana de Güepí a quien el Coronel Acevedo había conocido en Iquitos en alguna ocasión. El saludo de éste fue afectuoso y prontamente le dijo: "Cumplí mi promesa de regresar en avión, no Cabero?" "Así es, mi Coronel, la recuerdo muy bien", respondió Cabero. En seguida, abrazándonos a nosotros, repetía "yo dije que regresaría pronto y en avión. Aquí me tienen en este viaje inaugural". Con aires de triunfo y semblante festivo, el Coronel Acevedo nos insinuó que lo pasáramos al Casino y le ofreciéramos un refresco. Así lo hicimos y con su venia le organizamos una pequeña recepción que fué muy animada por el acontecimiento que la originaba, como por la presencia del Teniente Cabero y también la del Teniente Ayerbe que en la misma lancha "Huayna-Capac" había viajado de El Encanto a Caucajá. A eso de las diez de la noche el Coronel Acevedo nos pidió suspender el agasajo porque estaba un poco fatigado y deseaba cumplir su itinerario del día siguiente que fijaba una visita a El Encanto y otra a Puerto Asís, pues en ambos lugares encontraría gaso-

lina que él mismo había adquirido en meses pasados y con previsión a los viajes en avión. Dicho sea de paso, al Coronel Acevedo no se le escapaba el más mínimo detalle y todo lo preveía con admirable intuición. Todos nos retiramos y se ordenó el más completo silencio. Cabero pasó a su camarote de la "Huayna-Capac". Más tarde el Coronel Acevedo golpeó a la puerta de mi cuarto y me ordenó llamar sigilosamente a los oficiales pues tenía algo que comunicarnos de mucha importancia. Momentos después estábamos en su apartamento y nos dijo: "oigan bien lo que les voy a contar... y rió con amplitud y satisfacción. Creí encontrar los cadáveres o cuando menos presos, agregó. Pues bien... gracias a Dios estamos salvos y en condiciones de obrar. Les cuento: los peruanos se tomaron a Leticia por asalto y tienen presos a todos los colombianos allí residentes con Villamil Fajardo a la cabeza. Estamos, pues en la iniciación de una guerra internacional y ya pueden figurarse las preocupaciones del Gobierno con ustedes y las mías desde luego agravadas por la falta absoluta de medios de comunicación. Pensábamos que todos los puestos habían sido asaltados simultáneamente. En fin, nos imaginábamos lo peor. Usted Ayerbe, me acompaña mañana a El Encanto para que esté al frente de su guarnición. Luego volaré a Puerto Asís a entrevistarme con el General Rodríguez y entre las medidas inmediatas que se tomarán estará la de ponerle la mano a la lancha "Sinchiroca". La "Huayna-Capac" debe permanecer bajo la vigilancia de ustedes con el pretexto inicial de que les vamos a adquirir cuanto llevan a bordo, pero que no pagaremos sino dentro de tres días, cuando llegue el señor contador, pues se trata de ampliar desmontes en Cau-

cayá y La Tagua. En cuanto a Cabero, hay que tener mucho cuidado con él, aunque está ignorante de todo. El señor Coronel Roberto D. Rico debe llegar a Caucajá el día 7, a encargarse del comando general de las operaciones y será él quien disponga lo que debe hacerse con Cabero. Desde mañana y sin que Cabero y los tripulantes de la "Huayna-Capac" se den cuenta, debe procederse a un alistamiento de todo el personal, intensificando la instrucción militar de los colonos y dándole a cada cual las consignas y misiones que deban cumplir. El camino a La Tagua debe mantenerse expedito y muy controlado. Con el General Rodríguez y con el Mayor Solano tomaremos las demás medidas que sean aconsejables mientras llega el Coronel Rico". Nadie se atrevió a interrumpir al Coronel Acevedo; no desprendíamos nuestros ojos de los suyos y los momentos se hacían cada vez más solemnes. Después de algunos comentarios triviales nos retiramos para dejar reposar al Coronel; hombre extraordinario que pudo guardarse semejante noticia todo el tiempo que consideró prudente para formarse por sí mismo su propio juicio a través de la presencia de Cabero en el puerto y del ambiente que encontraba; hombre valeroso que realizó el viaje casi seguro de que Caucajá estaba en manos de los peruanos; hombre audaz que al día siguiente se lanzaba sobre un sitio peligroso como era El Encanto por su proximidad a Puerto Arturo; hombre patriota que en calidad de mensajero del Gobierno alertaba a todos de la grave situación. Colombia está en mora de gratitud y reconocimiento con el Coronel Acevedo. Pero no es tarde.

La Campaña propiamente dicha

Las instrucciones y órdenes del Coronel Acevedo se cumplieron estricta-

mente. En las horas de la tarde del día 7 llegó a Caucajá el señor Coronel Rico. Enterado de la situación, ordenó acto seguido la prisión del Teniente Cabero y la incautación de las lanchas "Huayna-Capac" y "Sinchiroca" y el extrañamiento de sus tripulaciones hacia un lugar próximo a Puerto Asís, donde pudieran estar con todas las seguridades y ajenos a nuestros movimientos. La sorpresa del Teniente Cabero fué enorme pero no lo desconcertó. Horas más tarde le dirigió una carta al Coronel Rico concebida en términos serenos, enérgicos y de extraordinaria precisión en los argumentos con que defendía su fuero. Se descubrió como un oficial inteligente y de buena escuela de formación profesional. Con todo quedó estrictamente vigilado. El Coronel Rico no ocultó las instrucciones recibidas del gobierno que podían resumirse: obrar con prudencia, no agravar la situación, dar tiempo a las intervenciones diplomáticas, puesto que el asalto a Leticia fué hecho por civiles.

Me refirieron después que la primera reacción del General Rodríguez, cuando el Coronel Acevedo lo enteró de lo ocurrido, fué la de lanzarse sobre Güepí y luego atacar a Puerto Arturo. No era descabellada la idea: Güepí contaba con treinta hombres y estaban ignorantes de lo que ocurría. Sin un disparo se hubiera podido tomar esa posición. Puerto Arturo tampoco constituía problema, pues contábamos con los cañoneros "Cartagena" y "Santa Marta" y las lanchas "Huila", "Sinchiroca" y "Huayna-Capac" y en muy corto tiempo se hubiera podido concentrar sobre esa guarnición unos doscientos hombres de infantería y un grupo de colonos adiestrados. Pero triunfó la diplomacia sobre la espada.

La reacción en el interior había si-

do unánime. La nación entera, como un solo hombre, se irguió no solo para protestar y disponerse a marchar a las fronteras sino para poner en manos del Gobierno dineros y joyas y cuanto pudiera servir a la financiación de los gastos de una guerra que era inevitable y estábamos obligados a conducir hasta sus últimas consecuencias como única manera de vengar el ultraje y recuperar el territorio perdido.

Estábamos impreparados para esta emergencia: nuestras reservas de primera clase y nuestros cuadros de oficiales y suboficiales eran insuficientes; los armamentos y equipos anticuados y escasos; la aviación en sus comienzos y la marina no existía. El invierno se convirtió en aliado del enemigo: los caminos entre Neiva y Florencia, entre Popayán, Pasto y Puerto Asís y entre Caucajá y la Tagua se destruyeron y de manera aterradora este último. Los aviones fletados eran de cupo limitadísimo para el transporte. Los recursos regionales se agotaron a la llegada de los primeros contingentes y el problema del alojamiento se agudizaba cada día más. Las tropas se enfermaban, las drogas escaseaban y los elementos de cirugía apenas si servían para pequeñas intervenciones. Todo había que transportarlo del interior venciendo los múltiples problemas de distancia, pésimos caminos y precarios medios de transporte. Pero había un Jefe que mantenía la moral de las tropas y se echaba sobre sus hombros toda la carga y la responsabilidad; un Jefe que con su ejemplo, disciplina, austeridad y un patriotismo rayano en lo heroico alimentaba la fé en sus subordinados y les daba aliento para soportar la lucha individual y la colectiva contra tanto factor adverso. Ese Jefe era el Coronel Roberto D. Rico.

Los que teníamos el honor de cons-

tituir su Estado Mayor: Tenientes Coroneles Luis F. Lesmes y Ananías Téllez, Mayor Julio Guarín y yo (que era Capitán y por razón de conocer a fondo la región en todos sus aspectos, fui nombrado Jefe de Operaciones), hacíamos esfuerzos por superarnos y estar a la altura de las circunstancias y de las calidades del Jefe que teníamos.

Los meses transcurrían y los progresos en nuestros preparativos para una lucha a fondo eran lentos. No corrían paralelos con el empeoramiento que a diario sufría la situación internacional. Era una lucha de Cancillerías en la que si bien es cierto contábamos con la adhesión espiritual de todas, la peruana llevaba la ventaja de estar respaldada por la fuerza. Su potencial de paz que siempre ha sido respetable se concentraba sin tropiezos sobre la frontera. Iquitos y Manaos, importantes centros de recursos, los abastecían en magníficas embarcaciones que navegaban día y noche por el Amazonas, el Bajo Putumayo y el Napo. Los aviones peruanos efectuaban diarias incursiones sobre los puestos y mantenían el control de nuestros ríos. Era una lucha desigual en cuanto a los medios materiales. En un principio tuvimos a nuestro servicio una pequeña lancha de bandera brasileña que en un día en que llevaba tropas de Caucajá a otro puesto fué bombardeada por la aviación peruana. Milagrosamente no fué hundida, pero perdieron la vida su Capitán señor Sousa Cruz y un soldado. En otra ocasión, entre El Encanto y Puerto Arturo chocaron patrullas de las dos guarrniones resultando gravemente herido el soldado Cándido Leguizamo, al que se logró transportar a Caucajá y posteriormente a Bogotá donde murió con la admiración de todos, porque su comportamiento durante el combate y los días de hospitalización fue

el de todo un héroe. Teniendo como tenía despedazada una pierna, quiso morir de pies y así lo consiguió con la ayuda de sus compañeros de salón. En su honor y en reconocimiento a su patriotismo y valor se le dió a Caucajá el nombre de puerto Leguizamo. Más tarde, nuestra guarnición de "Calderón" a órdenes del Mayor Diógenes Gil sufrió a las nueve de la mañana un tremendo y sorpresivo ataque desde la orilla opuesta del río Putumayo, gracias a lo cual las consecuencias no fueron más graves.

En uno de esos frecuentes viajes que hacíamos para visitar los puestos, reforzarlos y abastecerlos, a eso de las diez de la noche, de una noche de invierno y en que el río iba por los montes, fuimos sorpresivamente atacados con fuego de cañón, de ametralladoras y de fusilería desde el sitio llamado Yabuyanos. El cañonero "Cartagena" navegaba quinientos metros adelante del "Santa Marta", ambos repletos de soldados con destino a Calderón. Con el Comandante de la Flotilla, Teniente Coronel Solano, viajábamos a bordo del "Cartagena" el Comandante de este, Capitán Hernando Mora Anguejra, el Mor. Eurípides Márquez y yo. Al primer disparo que nos hicieron Solano ordenó apagar las luces, disparar cañones y ametralladoras sobre Yabuyanos y pasarlo y sobrepasarlo a toda máquina y a todo fuego. Esta rápida y acertada decisión y la habilidad de maniobra de los pilotos y la precisión de nuestro fuego y su tremenda intensidad, silenciaron el de la posición enemiga. Más tarde, después de revisar embarcaciones, ordenó Solano el desembarco sobre la posición de Yabuyanos, operación que se cumplió con dificultades por cuanto el río estaba muy crecido y la noche muy oscura. Acto seguido, con las debidas precauciones, se procedió a la perse-

cución. Se encontraron varios soldados muertos y se recogió un importante botín de guerra. Pero lo que más valía en este era un diario de guerra que nos dió a conocer las actividades que se habían cumplido en varios días y las dotaciones de los distintos puestos, fuera de otros apuntes de gran interés. Al amanecer y después de explorar suficientemente un gran trayecto de la trocha que de Yabuyanós conduce al Napo, se reanudó el viaje hacia Calderón sin ningún tropiezo y sin contratiempos se cumplió también el de regreso de Caucajá. Esta acción fué muy importante porque los peruanos conocieron la potencia de fuego de nuestros cañoneros, su maniobrabilidad, la destreza de las tripulaciones y lo que es más valioso el valor y la decisión del mando.

Los días se hacían interminables, las tropas deseaban combatir pero la orden de atacar no llegaba. Hubo una tarde en que al calor de unas copas tomadas a escondidas del Coronel Rico se trató seriamente de lanzarnos a un ataque sucediere lo que sucediere. Era unánime el acuerdo entre los oficiales que allí nos encontrábamos, que éramos la casi totalidad. "Sin embargo, dije yo con énfasis, la orden de atacar tiene que venir de Bogotá, no depende del Coronel Rico, quien, como nosotros, está también ansioso de que llegue para proceder a su cumplimiento. Haríamos mal, agregué, si en esta ocasión lo dejaríamos por fuera, sin consultarle. En nombre de todos, dije, voy a notificarlo". Salí en el acto y lo enteré de lo que ocurría. Muy sereno respondió: "estoy de acuerdo con todos" y se encaminó hacia la casa en donde estábamos reunidos. Todos se pusieron de pies y muy respetuosamente respondieron al saludo. "Estoy enterado de todo, manifestó, y estoy de acuerdo con ustedes.

Dénme un trago, que a mi también me provoca a pesar del daño que me hace. Brindo por ustedes, señores". En seguida tomó asiento y todos quedamos pendientes de sus labios. "Pido, al igual que Colón pidió a sus compañeros, unos pocos días de plazo, no más de ocho. Si la orden no llega, yo la doy y asumo toda la responsabilidad". Grandes aplausos. Y gran espíritu de subordinación se despertó desde ese momento. La situación se había salvado y el entusiasmo de ahí en adelante fué acrecentándose hasta que llegó ese momento de ir al combate.

El Combate de Güepí

Las tropas habían tomado sus posiciones de apresto para pasar al dispositivo de ataque; la Flotilla Fluvial de Guerra, dividida en dos grupos, encabezado el de arriba de Güepí por el cañonero "Cartagena" a órdenes del Capitán Mora Angueira y en el que se hallaba el Comandante de la Flotilla, Teniente Coronel José Dolores Solano; el de abajo de la mencionada posición, encabezado por el cañonero "Santa Marta" a órdenes del Capitán Luis Baquero y en el que funcionaría en el momento dado el Comando del Destacamento Putumayo a órdenes del señor Coronel Roberto D. Rico. Con anticipación habíamos ocupado la Isla de Cachalla, frente a Güepí, con una compañía de infantería y, hacia atrás, en tierra firme estaba prevista la posición para una batería de 75. En aviación contábamos con un superbombardero, seis Host de caza y dos bombarderos livianos, constituyendo un escuadrón a órdenes de Coronel Herber Boy.

La orden llegó de Bogotá el día 22 de marzo y debía cumplirse a partir de las seis de la mañana del día 26 del mismo mes de 1933. Contábamos con el tiempo medido para tomar el dispositivo de ataque, que comprendía

ataque frontal con amplio envolvimiento de ambos flancos. La aviación debía iniciar el ataque con bombardeo apoyado por la batería de tierra y los cañoneros Boford del Cartagena y Santa Marta. Ablandada la posición y previo cálculo de tiempo sobre la aproximación de las tropas de flanco, abrían fuego las ametralladoras pesadas y las Vicker de los cañoneros y bajo una cortina de fuego se daría comienzo al asalto frontal por medio de embarcaciones con motor de popa que se hallaban listas en el brazuelo que se para la Isla de Cachalla de tierra firme. La ocupación de Güepí debía cumplirse alrededor de las doce meridiano y acto seguido efectuar la persecución del enemigo por la trocha que conduce a Pantoja, sobre el Napo.

Esta orden, en sus términos generales, se cumplió estrictamente: una compañía de infantería a órdenes del Capitán Luis Uribe Linares desembarcaría a las tres de la mañana un kilómetro arriba de la desembocadura del río Güepí y rápidamente avanzaría a tomar posición desplegada a lo largo de dicho río sobre su orilla izquierda y a partir de la desembocadura; otra compañía desembarcaría a la misma hora, dos kilómetros abajo de la mencionada desembocadura a órdenes del Capitán Guillermo Diago y avanzaría desplegada hasta tomar contacto con el enemigo. Esta como la anterior compañía llevarían guías con banderolas sobre la orilla del río Putumayo para indicar a intervalos los progresos de los avances que serían observados por los cañoneros. El asalto frontal estaría a cargo de otra compañía de infantería a órdenes del Capitán Ernesto Velosa sobre la Isla de Cachalla; quedaría como reserva la compañía del Capitán Luis A. Garcés y la Batería de 75 a órdenes del Teniente Francisco Márquez. A bordo de las embarcaciones

mayores, lanchas "Sinchiroca" comandada por el Capitán Luis E. Gaitán, y "Huayna-Capac" comandada por el Teniente Alfonso Pinzón, quedaría otra compañía de reserva a órdenes del Capitán Pedro Monroy manteniéndose a tres kilómetros de la posición, debidamente mimetizadas y en contacto visual con los cañoneros. La aviación debía salir de Puerto Boy, sobre el Caquetá, a las 5:30 a. m. e iniciar el bombardeo a las 6 a. m. dentro de las condiciones y modalidades determinadas por el Coronel Boy. Su acción se calculaba en aproximadamente treinta minutos. La acción de la artillería de tierra y de los cañoneros debía intensificarse al retiro de la aviación hasta quebrantar la posición. Más tarde, a orden expresa del Comando del Destacamento del Putumayo se iniciaría el asalto frontal bajo una cortina de fuego de todas las armas.

La acción de la aviación y de los cañoneros fué demoledora; sin embargo, el enemigo, unos 300 hombres, se mantenía atrincherado y disparaba sin cesar su fusilería y ametralladoras cubriendo todo el frente de ataque. De tramo en tramo se observaban fortificaciones que estaban resistiendo muy bien la acción de la artillería. Las tres primeras horas de combate las afrontó el enemigo haciendo alarde de valor y de buena técnica; pero más luego empezó a decaer paulatinamente en los tramos intermedios entre las posiciones fortificadas y estas a su vez intensificaban el fuego dando la impresión de que sobre ellas se estaban concentrado o de que estaban protegiendo una retirada. Fue este el momento del asalto frontal y en el que los cañoneros se aproximaron a la posición para buscar mayor efectividad de su fuego de ametralladoras. Una hora después, es decir, alrededor de

las diez y media, vino lo inesperado, lo sorprendente y temerario, la violenta embestida del cañonero "Cartagena" que se lanzó sobre la posición y clavó en sus narices el espolón de proa para que sus tripulantes saltaran a tierra y se lanzaran al combate cuerpo a cuerpo. Mientras esto sucedía el sargento Néstor Ospina arrió la bandera peruana de su asta e izó la colombiana en su lugar.

Fué este el momento cumbre, emocionante del combate. Oficiales, suboficiales, soldados, bogas y colonos guías no volvieron a saber del enemigo. Se lanzaron sobre la posición como en rapiña de armas, pasando de puesto en puesto sin reparar en peligros y sin que se hubiera registrado el más insignificante acto de barbarie o de cobardía con el vencido. La figura del Teniente Garrido Leca, defensor de la posición, se levanta gigantesca sobre la muy heroica de los diez soldados que lo acompañaron y que con él cayeron prisioneros. Un soboficial que se hallaba agonizante rechazó furiosamente los auxilios médicos y murió lanzándonos improperios. Todos los muertos recibieron cristiana sepultura y a los heridos se les dió cuidadosa atención. De nuestra parte, todos, sin excepción, estuvieron a la altura de su deber. Los héroes entre los héroes fueron el Coronel Solano, quien se inmortalizó con su orden de "Abordar la posición cueste lo que cueste". El sargento Néstor Ospina por su valerosa y feliz ocurrencia que acabo de relatar. Zózimo Suárez, el soldado temerario, la personificación del valor, que al saltar a tierra desde una lancha se arrojó sobre un nido de ametralladoras desviando su fuego y salvando así muchas vidas a la vez que facilitó el avance de sus compañeros. Suárez murió abrazado de la ametralladora que lo despedazó. Varios actos de va-

lor se sucedieron de lado y lado y en contados momentos. La acción de nuestra aviación fué igualmente heroica por lo audaz y temeraria así como por lo eficaz. Todos los aviones recibieron impactos y milagrosamente no fueron derribados. La serena actitud del Coronel Rico y la precisión con que iba dando sus órdenes en la medida en que se desarrollaba el ataque estaban demostrando sus eximias calidades de Jefe, de patriota y de hombre valeroso.

La persecución se llevó a cabo en una profundidad de más o menos ocho kilómetros sobre la trocha hacia Pantoja, en el Napo. Parece que la retirada estaba prevista a juzgar por el laberinto de trochas hacia el interior de la selva y los refugios y depósitos de víveres que de trecho en trecho se hallaron.

Desde este día 26 de marzo de 1933 todo el Alto Putumayo quedó bajo nuestro control y las posteriores operaciones fueron ya más expeditas y contaban con el entusiasmo de todos y un anhelo inocultable de combatir.

Consolidada la posición de Güepí nos dimos a la tarea de preparar la acción sobre Campuya y Puerto Arturo, guarniciones en las cuales los efectivos pasaban de mil hombres. De otra parte teníamos que prever en todos sus detalles los abastecimientos, porque la distancia de Cauayá a dichos lugares es de alrededor de trescientos kilómetros y nuestros medios de transporte no habían mejorado en lo más mínimo sino todo lo contrario. El combustible para los cañoneros escaseó en forma alarmante y el invierno continuaba haciendo estragos en los caminos. Para un buen número de tropas se imponía la evacuación y no solamente había que reemplazarlas de inmediato sino aumentar los efectivos. Dura fue esta etapa y mucho más exi-

gente que la anterior. Sin embargo lo-gramos vencer las dificultades y para los primeros días del mes de mayo todo estaba listo. La dirección de esta campaña y el mando del destacamento que debía atacar las posiciones de Campuya y Puerto Arturo fueron confiados al señor Coronel José Dolores Solano. La antevíspera del ataque llegó la orden de suspensión de hostilidades en virtud de acuerdo entre los gobiernos de los estados en conflicto. Con la energía que caracterizaba al Coronel Solano se evitó la insubordinación de las tropas, porque todas querían combatir y a eso las habían llevado, decía, y ese era su grito, no digo grito, el aullido unánime. En aras de la brevedad me limito a decir que la desmovilización dió más brega que la ocupación de la frontera.

Con ocasión de la muerte del señor General Solano, ocurrida el día 11 de enero de este año, escribí un artículo

laudatorio que publicó el periódico "La República" en su edición del día 12. En este escrito hacía la insinuación de que para honrar la memoria de los Generales Reberto D. Rico y José Dolores Solano, la República debía erigirles sendos bustos en bronce en plazas y avenidas importantes de las capitales de los departamentos, y, ahora, aprovechando la invitación que se me hizo y sé agradecer debidamente, de escribir esta reseña para la **Revista de las Fuerzas Armadas**, reitero la insinuación y dejo el proyecto en las buenas manos de mis compañeros en servicio activo. Este homenaje a los dos ilustres héroes es muy justo y no debe entrar en mora de realizarse.

Aprovecho igualmente esta oportunidad para pedir excusas por las omisiones en que intencionalmente he incurrido para poder condensar esta reseña.

Al soldado lo forma el sentimiento de amor a la patria basado en el exacto conocimiento de ella, de modo que haga de esa noción un verdadero ideal, la razón suprema de una decidida voluntad de cumplir hasta la total abnegación de sí mismo todos sus deberes para con ella. La noción de patria incluye aquel retazo del globo terrestre, que ocupa la sociedad en que vivimos a la existencia, con sus varios climas, sus naturales riquezas, los bellos paisajes de sus ríos, sus mares y montañas, con su variada fauna y gaya flora, todo lo cual es el cuerpo que alienta en la unidad moral realizada por las mismas instituciones civiles y por la comunidad de origen, que alboreó en las gloriosas gestas de sus héroes cuando le dieron libertad y autonomía.

Tte. Cor. Pbro. LUIS JORGE TEJEIRO